

wood. En carta del 27 de Agosto de 1818, el duque de Richelieu le exhorta á no indisponerse con Hudson Lowe por motivo alguno, para no privarse de los medios de conocer todos los pormenores posibles sobre la vida de Bonaparte, y terminaba diciendo: «En consecuencia, apruebo de buena gana que procuréis dilatar vuestras relaciones con las personas que le rodean. Si no le podéis ver vos mismo, no cabe otro medio de saber algo de su vida, del estado de su ánimo y de la salud de su cuerpo. Nos importa de tal modo saber todo esto, que no tienen otro objeto los crecidos gastos de vuestra estancia en Santa Elena, y así no temo seria oposición por parte de H. Lowe, pues sería contraria á la independencia del carácter oficial de vuestro cargo. El punto en que ahora estáis, es para nosotros el más importante del mundo, y á esa roca hemos de asestar continuamente nuestros catalejos. Nada de cuanto ahí ocurra puede sernos indiferente, y vos debéis estar en disposición de decirnos lo que se proyecta y lo que pudiera realizarse. Reflexionad sobre la inmensa responsabilidad que habéis contraído, y no desperdiciéis medio alguno de información. El rey os agradecerá cuanto hagáis para tenerle al corriente de los proyectos y esperanzas de los habitantes de Longwood, y la manera más segura de conocerlos, es entablar en lo posible relaciones con ellos. Si tropezárais con dificultades por parte de las autoridades inglesas, no dejéis de participármelo al por menor, con objeto de recabar del gobierno británico lo más pertinente.»

Estas instrucciones prueban irrecusablemente la grandísima importancia que el gobierno de Luis XVIII concedía á las funciones de su comisario, cuya conducta respecto de los familiares de Napoleón, queda en ellas perfectamente definida. Así que, desde aquel momento, le vemos acercarse más y más al séquito del Emperador y aprovechar toda ocasión de hacerse el contradicho con ellos, y hablarles con la paciente esperanza de llegar alguna vez á la misma presencia de Napoleón y enterarse, por sus propios ojos, del estado del prisionero.

Entretanto, las noticias dadas por Las Cases acerca de la intolerable situación en que el gobierno inglés tenía á Bonaparte, empezaron á derramarse algo ruidosamente por Europa, y de diversos puntos recibieron otras tantas requisitorias en favor del ilustre cautivo los

soberanos aliados, que á la sazón se encontraban reunidos en Aquisgrán. El mismo Pío VII levantó la voz en favor del que le hiciera apurar tantas amarguras y escribió de su propia mano al gabinete de Londres, diciendo: «Napoleón es muy desgraciado. Nos hemos olvidado sus agravios. La Iglesia no debe olvidar jamás sus servicios... Es para Nos casi un suplicio saber que este infortunado sufre... No queremos ni podemos contribuir en lo más mínimo á los males que sobrelleva. Por el contrario, deseamos de todo corazón que se le aminoren y se le haga más soportable la vida.»

Al mismo tiempo que el Soberano Pontífice dejaba oír su compasiva voz, de la misma Roma se exhalaba la queja de una madre, cuyo corazón latía de dolor al pensar en los sufrimientos de su hijo. Por conducto del cardenal Fesch, dirigió á los aliados la siguiente carta:

«Una madre afligida sobre todo extremo, ha esperado desde mucho tiempo que la reunión de Vuestras Majestades le devolviese la dicha. No es posible que el prolongado cautiverio del emperador Napoleón deje de dar materia á vuestras conferencias, ni que vuestra magnanimidad, vuestro poderío y el recuerdo de pasados sucesos, dejen de interesarse en la liberación de un príncipe que tanta parte tuvo en vuestros intereses y aún en vuestra amistad. ¿Consentiréis que muera en tormentoso destierro un soberano que, confiado en la magnanimidad de su enemigo, se echa en sus brazos?

»Mi hijo hubiera podido pedir asilo al Emperador, su suegro; hubiera podido confiarse á la nobleza del emperador Alejandro, que fué su amigo; hubiera podido refugiarse en la corte de S. M. Prusiana, quien, al verse implorado, recordara, sin duda, su antigua alianza. ¿Puede Inglaterra castigar la confianza que le atestiguó?

»El emperador Napoleón ya no es temible. Está enfermo; pero aunque rebosara de salud y dispusiera de los medios que en otro tiempo puso la Providencia en sus manos, nada intentaría, porque abomina de la guerra civil.

»Señores, soy madre y estimo la vida de mi hijo en más que la propia vida. Perdonadle á mi dolor la libertad que me tomo al dirigiros esta carta. No esterilicéis la súplica de una madre que clama contra la pertinaz crueldad infligida á su hijo. En nombre de Aquel que es la bondad por esencia, y cuya imagen sois, interesaos en que cesen



los tormentos de mi hijo. Interesaos por su libertad. Se lo pido á Dios y os lo pido á vosotros, cuyos lugartenientes sois en la tierra. La razón de Estado tiene sus límites y la posteridad inmortaliza, ante todo, la generosidad del vencedor.»

¿Recibieron esta súplica los vencedores de Napoleón? El cardenal Fesch la envió al conde de Las Cases, que estaba en Mannheim; pero no es probable que los aliados se enteraran de ella, ó, por lo menos, en nada alteró la actitud del general Lowe respecto de Napoleón, ni la madre de éste obtuvo jamás el permiso, repetidas veces solicitado, de compartir la cautividad de su hijo.

También se dirigió en vano el rey Jerónimo al regente de Inglaterra, en súplica de que se le permitiera residir una temporada en Santa Elena, con su mujer y su hijo. A este efecto escribióle diciendo: «No repugnarán al ánimo de V. A. R. los sentimientos que me mueven á dar este paso. La adhesión y la gratitud respecto de un hermano que durante mucho tiempo fué mi padre y bienhechor; el deseo de aduicigar su cautiverio con mis respetuosos cuidados y los de mi esposa; la necesidad de probarle que su familia no le fué jamás ingrata, sino que, por el contrario, le ama y venera como nunca; todos estos motivos, sagrados para todos los hombres, no dejará de apreciarlos V. A. R. Si accedéis á mi súplica, quedará honrada con ello la humanidad y os adquiriréis el agradecimiento de toda mi familia. — *Jerónimo*.

»Schœnau, Abril 1818.»

22 Septiembre 1818.— «Desde la partida de O'Meara dice Bonaparte que está muy enfermo,— escribe el comisario del Rey,— y, según cuentan, sigue propinándose él mismo dosis de mercurio, pero no ha querido ver al nuevo médico de Longwood, á quien ya conocía y estimaba. Es el médico de la artillería real (1) con quien hizo la travesía. Se ha contentado con recomendarle muy encomiásticamente á su corte.

»De repente, y como por milagro, se ha puesto mejor, hasta el punto de que, el 31 de Agosto, se vistió y salió á pasear por el primer

(1) El doctor Baxter.

recinto, cosa que no había hecho desde seis meses atrás. Sin embargo, cogió un resfriado y no ha vuelto á salir; si bien tampoco convida el tiempo... Tiene las piernas hinchadas, y empiezan á faltarle dientes y á clarearle el pelo.»

Por entonces, le decía Montholon al marqués de Montchenu que el Emperador había cambiado de carácter, y mostraba hacia todo gran indiferencia, rayana en la apatía. Aprovechóse Montholon de este estado de ánimo para representar á Napoleón que aquel género de vida acabaría por matarle, y que sería más prudente sacar el mejor partido posible de su situación, recibiendo á algunas personas, y, sobre todo, mejorando sus relaciones con el gobernador. Esta proposición fué del agrado de Bonaparte, y se convino en formar una lista de las personas que serían recibidas en Longwood, entre ellas el brigadier-general y su mujer, dos ó tres oficiales generales, el conde de Balmain y el marqués de Montchenu. Pero el intendente de Palacio, el gran mariscal Bertrand, se interpuso diciendo: «¡Ah, señor! ¿Y vuestra gloria? ¿Qué dirá Europa si V. M. se resigna á reconocerse prisionero y renuncia á ser tratado como emperador?» Inmediatamente cambió de parecer, y no quiso que se hablase más de inteligencias amistosas con Hudson Lowe. «Este Bertrand,—observa el marqués,—es un fanático peligroso que no se puede acostumbrar á la idea de que ya no es gobernador de la Iliria ni gran mariscal. Su cabeza no reposa un momento. Los criados de Bonaparte le dan tratamiento de *Monseñor* y las personas del séquito le llaman *el Señor mariscal*, pero esto no le basta.»

Algunos días después se celebraron carreras de caballos, que dieron motivo á un ligero incidente. El caballerizo del Emperador creyó que, por llevar la librea imperial, podía permitírsele todo, y, durante la carrera de mayor interés, penetró en el recinto y se unió á los oficiales que montaban los caballos en concurso. El público empezó á alborotarse, y, de los gritos, se propasó á vías de hecho, hasta dejar medio muerto al caballerizo.

Napoleón se enteró al punto de este lamentable incidente, porque las carreras se celebraban en el llano de Longwood, y mostró vivo enojo contra el imprudente caballerizo, castigándole con un mes de arresto y prohibición de salir en adelante sin permiso.



29 Septiembre 1818.—No satisfechos los ministros ingleses con ejercer permanente vigilancia sobre el cautivo de Santa Elena, juzgaron necesario por este tiempo someter al Emperador al severo y humillante reglamento redactado por lord Bathurst y que el gobernador sólo aplicaba en cierta medida. Hasta entonces se había negado Bonaparte á la cotidiana inspección ocular de un oficial, encargado de visitarle personalmente. El gobierno británico ordenó á H. Lowe que el oficial de guardia se presentara mañana y tarde en las habitaciones de Napoleón, para cerciorarse de su presencia. A cambio de esta sujeción, se le permitiría pasearse solo por la isla y se retirarían los centinelas durante el día.

Este nuevo vejamen dió por resultado que el Emperador se reclusese en Longwood durante algún tiempo, pues jamás consintió en someterse á la visita del oficial de guardia, que no pudo entrar en su aposento. Pero la salud de Napoleón, ya gravemente quebrantada, resintióse del voluntario encierro, y, desde entonces, se le exacerbaban los dolores de costado, cuyo alivio buscaba en el baño de agua caliente, donde permanecía horas seguidas, con notoria pérdida de fuerzas. «Muy luego aumentó la hinchazón de las piernas, y se enfriaron las extremidades, de modo que fué necesario aplicarle paños muy calientes. La flojedad del pulso denotaba difícil lentitud de circulación sanguínea, pues apenas tenía cincuenta y cinco pulsaciones en estado normal. El médico Corvisart había predicho ya años atrás al Emperador que una vida sedentaria le perjudicaría gravemente, pues la circulación, ya lenta de suyo en él, se entorpecería mucho más, determinando la hinchazón de las piernas. Al percatarse Napoleón de que iban cumpliéndose los vaticinios de aquel famoso médico, no sintió pesar alguno, sino que, por el contrario, vió cercana la liberación (1).»

«Durante el tiempo en que estuvo voluntariamente recluido, — dice M. de Montchenu,— se solazó Bonaparte enviando al gobernador unas cuantas misivas de pliego entero, escritas por Bertrand, cuya minuta, cuando están seguros de que ya se ha tragado la pildora, comentan en familia y se divierten remedando la cara que segura-

(1) Thiers: *El Consulado y el Imperio*, t. XX, p. 480.

mente habrá puesto el destinatario al leer tal ó cual línea. Esto les da materia de pasatiempo durante algunos días. Si reciben respuesta, quedan satisfechos del todo.»

*Resumen de una conversación entre M. de Montholon y el marqués de Montchenu* (Diciembre 1818):

«Parece que Bonaparte se ha enterado de la nueva ley electoral (1), y la encuentra todavía demasiado democrática. Querría, ante todo, que la contribución no fuera *territorial* sino *directa*. También opina que la de puertas y ventanas habría de satisfacerla únicamente el propietario que ocupara toda la finca, ó bien la cuota proporcional á la parte habitada. Querría que tan sólo se pudiera ser elegible por el departamento en que se satisficiera la necesaria contribución. Le admira que un departamento no encuentre en su seno suficiente número de individuos que diputar á la Cámara, y así vemos que todos los diputados cuneros residen en París. Igualmente querría que los presidentes y vicepresidentes no fuesen elegidos entre los políticos de partido, sino entre las personas más conspicuas y consideradas del departamento respectivo.

»Revuélvese contra los que han abierto una subscripción en favor de los que puedan ser procesados y presos por efecto de la nueva ley de imprenta (2). «Esto equivale á demostrar el más profundo menosprecio de las leyes, declararse en franca revolución y desacatar la autoridad del rey y del Parlamento. Verdaderamente, no se hubieran atrevido á tal cosa en mi tiempo.»

»Le han sorprendido vivamente los asuntos de España. «¿Para qué sirve la Santa Alianza, si ha permitido el destronamiento del rey de España? ¿Y por quién? Por el ejército... Los soberanos no echan de ver cuán funesto ha de serles este linaje de revolución.» Se ha puesto de peor humor al enterarse de la catástrofe de Nápoles. «Esto no me hubiera sucedido á mí, porque conocía al ejército, y el ejército me conocía á mí. Casi todos los días estaba en contacto con él, ya en los campamentos, ya en las rondas que hacía, á ejemplo de Federico el Grande... Pasaba revistas muy rigurosas y todo lo veía en sus más

(1) Montchenu alude seguramente á la ley de 5 Febrero 1817.

(2) La ley de imprenta de 21 Octubre 1814 había restablecido la censura.